

La calle para el jueves 9 de junio de 2011
Diario de un espectador
Un comandante de tantos
Miguel ángel granados chapa

El comandante Alatorre (Damián Alcázar), figura principal en la primera cinta de Diego Muñoz, no es un personaje excepcional en la práctica policíaca. Es uno de tantos, que burdamente aprovecha en su beneficio los privilegios de su parcela de poder.

En vez de perseguir el narcomenudeo, como corresponde a la policía local, es socio de un practicante de ese negocio, su antiguo compañero Joaquín (Roberto Sosa). En la práctica de una rutinaria entrega de cocaína, la situación se complica en la barrida donde opera el ex jefe policial, y el peón de Alcázar, el recién llegado gendarme Hernández resulta herido de un disparo, a pesar de portar el chaleco antibalas que dispone el reglamento. Más tarde otro miembro de la corporación a las órdenes del comandante prototípico es herido con una punta, un arma punzocortante que atraviesa fácilmente la coraza que se supone invulnerable.

Es que Alcázar ha adquirido, a precio de chalecos blindados, prendas comunes y corrientes. No le importa exponer a sus subordinados a perder la vida: mediante la sustitución de unos chalecos por otros, Alatorre participa de un pingüe negocio. Cuando se hace evidente que alguien trameó en esa adquisición, Alatorre pretende arrojar la responsabilidad lejos de así, hacia arriba y a los lados, que son también zonas de alta vulnerabilidad administrativa.

El comandante utiliza al personal más directamente a sus órdenes para sus negocios personales. Fomenta las rivalidades y los celos en el equipo más próximo a él. Parece auspiciar el desarrollo profesional de Hernández, pero en realidad lo utiliza como mensajero personal. Y luego lo agravia al sodomizarlo, pues también de ese pie cojea. Lo humilla al obligarlo a practicar con él sexo oral y al violarlo a bordo de la patrulla que maneja Hernández. Las patrullas, por cierto, son como vehículos particulares de los agentes que las tripulan. Están obligados a mantenerlas en buen estado para que puedan por un lado realizar a bordo de ellas sus fechorías y, por otro lado, para simular que cumplen el servicio público al que se les supone adscritas, pero para prestar el cual no hay recursos.

Doblemente furioso consigo mismo, por la vulneración corporal de la que fue objeto y por haberla admitido sin resistencia, el agente Hernández busca desquite. No puede cobrarse la ofensa en Alatorre mismo pero sí con una prostituta a la que halla en un tugurio objeto de extorsión policíaca, pues opera ilegalmente. Muy valiente con la inerte muchacha, en igual grado en que fue cobarde delante de su jefe, Hernández (interpretado por Miguel Rodarte) sobaja y golpea a la mujer, y aun descubre que lleva consigo grapas para su venta. Esa condición de la

sexoservidora le será útil a otros miembros de la policía que desean resolver sus no confesados conflictos con Alatorre y Hernández.

La simulación es también exhibida en la película de Muñoz. Uno de los agentes cercanos al comandante Alatorre muere, tras ser herido porque el chaleco no le ofreció la protección esperada. Participaba no en el combate a la delincuencia sino en la complicación de un lance en que actuaba como un delincuente, como sus compañeros. Y sin embargo, se le organiza un funeral de héroe, de honesto servidor del orden público

Abundan, pero no sobran, los vicios en el funcionamiento de la policía en esta cinta de Muñoz. Véala hoy mismo. Podría ser que mañana la quiten.